

# **El nuevo movimiento Iconoclasta (incluso en Chile).**

**Por Carlos Maillet Aránguiz**

Arquitecto

Magister en Historia y Gestión Del Patrimonio Cultural

Doctor (c) Filosofía

Miembro de ICOMOS Chile y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

Profesor Asociado USS Director de la Carrera de Arte y Conservación del Patrimonio USS

Fundador de Grupo Praedio

[arquitecto@CarlosMaillet.com](mailto:arquitecto@CarlosMaillet.com)

# **El movimiento iconoclasta contemporáneo: entre la deslegitimación y el debate sobre el patrimonio cultural**

El movimiento iconoclasta contemporáneo, especialmente en el marco de las crisis sociales recientes, como el estallido social chileno de octubre de 2019, ha planteado preguntas fundamentales sobre la relación entre los símbolos religiosos, los monumentos históricos y la cultura comunitaria. Este fenómeno, que se ha expresado en actos como la quema de iglesias, la intervención de monumentos y una reevaluación estética de las ruinas, no solo deslegitima el sentido espiritual y ritual de estos espacios, sino que también desafía la noción de patrimonio cultural como un bien común. Este ensayo aborda las implicancias estéticas, políticas y culturales de este movimiento, con especial énfasis en la tensión entre restaurar los monumentos dañados o dejar visibles las huellas del conflicto como parte de su narrativa histórica.

## **Iconoclasia contemporánea: simbolismo y conflicto**

El término "iconoclasia" remite históricamente a movimientos de destrucción de imágenes religiosas, como los conflictos bizantinos del siglo VIII o la Reforma Protestante del siglo XVI. Sin embargo, en el contexto contemporáneo, la iconoclasia trasciende lo estrictamente religioso para convertirse en un acto de protesta política y cultural. En el estallido social chileno, la quema de iglesias y la intervención de monumentos icónicos simbolizaron un rechazo hacia estructuras percibidas como opresivas, asociadas al poder colonial, la desigualdad social y la perpetuación de valores conservadores.

El acto de vandalizar y quemar iglesias, como ocurrió con la Iglesia de La Asunción y La Veracruz en Santiago, no fue meramente destructivo, sino que implicó una resignificación de estos espacios. Para algunos sectores, estas acciones se interpretaron como una lucha contra la hegemonía de instituciones religiosas que históricamente han sido vistas como cómplices de sistemas de poder injustos. Sin embargo, para otros, estas prácticas iconoclastas representaron una profunda afrenta contra valores espirituales, culturales y comunitarios que trascienden las divisiones políticas.

## **La estética de la ruina: ¿deslegitimación o resignificación?**

Uno de los aspectos más controvertidos de la iconoclasia contemporánea es la resignificación estética de las ruinas. En lugar de restaurar los monumentos a su estado original, algunos proponen conservar las marcas del daño como un testimonio del conflicto social. Esta perspectiva, influenciada por la Restauración Crítica, plantea que las cicatrices del pasado no deben ser borradas, ya que constituyen una narrativa visual de la historia viva del lugar.

Autores como Alois Riegl, en *El culto moderno a los monumentos* (1903), argumentan que el valor de un monumento no reside únicamente en su estética original, sino también en su capacidad para transmitir las huellas del tiempo. Siguiendo esta línea, la pátina de una iglesia quemada podría considerarse una

expresión de su "valor histórico" y "valor de edad". Sin embargo, este enfoque tiene límites éticos y culturales, especialmente cuando las ruinas deslegitiman los valores espirituales y comunitarios que estos espacios representan.

En el caso de las iglesias, la conservación de la destrucción como un acto estético puede interpretarse como una negación de su función original: ser un espacio de culto, reflexión y comunidad. Al dejar las iglesias en ruinas, se corre el riesgo de reducirlas a meros objetos arqueológicos, despojándolas de su significado espiritual y cultural, lo que podría interpretarse como una forma de violencia simbólica hacia las comunidades de fieles.

### **Restaurar o preservar la pátina: el dilema del patrimonio cultural**

La restauración de iglesias como La Asunción y La Veracruz en Santiago plantea un dilema central: ¿deberían ser devueltas a su estado original o deberían conservar las marcas del conflicto como parte de su narrativa histórica? Este debate no es trivial, ya que implica decisiones éticas, políticas y culturales sobre cómo entendemos y valoramos el patrimonio.

La restauración tradicional, influenciada por las ideas de Eugène Viollet-le-Duc, busca devolver los monumentos a su estado idealizado, eliminando cualquier señal de deterioro o daño. Este enfoque prioriza la integridad estética y simbólica del monumento, restaurando su función como espacio de culto y comunidad. En el caso de las iglesias chilenas, esta perspectiva es particularmente relevante, ya que devolverlas a su esplendor original implica no solo un acto de reparación física, sino también de sanación cultural y espiritual.

Por otro lado, la Restauración Crítica, defendida por autores como Cesare Brandi en Teoría de la Restauración (1963), aboga por conservar las marcas del tiempo como una forma de respetar la memoria histórica del edificio. Este enfoque plantea que las huellas del estallido social son parte de la historia viva de Chile y que borrarlas sería una forma de negación histórica. Sin embargo, este argumento puede ser problemático cuando se aplica a espacios religiosos, ya que minimiza su valor espiritual y comunitario en favor de una narrativa política.

### **Críticas a la iconoclasia religiosa contemporánea**

La iconoclasia religiosa contemporánea ha sido objeto de críticas por parte de diversos académicos y líderes comunitarios. Autores como Roger Scruton, en La estética de la arquitectura (1979), argumentan que los edificios religiosos no son meros objetos estéticos, sino encarnaciones de valores espirituales y comunitarios. Destruir o deslegitimar estos espacios equivale a un ataque contra los principios fundamentales de una comunidad, como la fe, la cohesión social y la memoria colectiva.

Además, la insistencia en dejar las iglesias quemadas como ruinas puede interpretarse como un acto de desvalorización simbólica. Al ignorar su restauración, se perpetúa una narrativa de derrota y pérdida, en lugar de promover un mensaje de resiliencia y esperanza. Restaurar estos espacios no es solo un acto arquitectónico, sino también un gesto de reconciliación y reconstrucción de la identidad cultural.

### **Conclusión: hacia una restauración que integre memoria y significado**

El debate sobre la iconoclasia contemporánea y la restauración de iglesias y monumentos dañados no tiene respuestas simples. Sin embargo, es fundamental reconocer que estos espacios no son solo ruinas arqueológicas o testimonios de conflicto, sino también símbolos vivos de identidad, fe y comunidad. La restauración de iglesias como La Asunción y La Veracruz debe ser un acto que honre tanto su valor histórico como su significado espiritual, integrando las huellas del pasado sin deslegitimar su función original.

Optar por la restauración prístina, en este contexto, no implica borrar el pasado, sino construir un futuro que respete y honre nuestra herencia cultural. Solo así podremos transformar las cicatrices del conflicto en un mensaje de esperanza y resiliencia para las generaciones futuras.

CMA

**Dos columnas de opinión recientes:**

1. Revista *The Sensory Mag*, [www.thesensorymag.com](http://www.thesensorymag.com), Enero 2025. Columna de Opinión de Carlos Maillet
2. Columna de Opinión en @SantiagoAdicto: “la lección de Notre Dame), Diciembre de 2024.

# LA FIBRA DEL PATRIMONIO:

## RESTAURAR O DEJAR LA PÁTINA

POR CARLOS MAILLET  
ARÁNGUIZ



La reciente rehabilitación y próxima apertura de las iglesias de *La Veracruz* y *La Asunción* en Santiago resplandece como un faro de esperanza en un panorama a menudo sombrío. Estas iglesias, que sufrieron vandalismo durante el estallido social de 2019, son mucho más que meras estructuras arquitectónicas; son símbolos históricos de identidad y comunidad que han resistido el paso del tiempo y las adversidades.

La restauración de estos monumentos no debe ser solo un ejercicio de devolverles su esplendor físico; es un acto de reconocimiento profundo de su valor histórico y cultural. *La iglesia de La Veracruz*, declarada Monumento Nacional en 1983, es un testimonio vibrante de la historia de Santiago, donde generaciones han encontrado un refugio espiritual y comunitario. Nos encontramos ante un dilema crucial: **¿deberíamos volver a su estado original o dejar las huellas del pasado?**

Este debate no es trivial y debe ser abordado con profundidad. La restauración tradicional prioriza la recuperación de la imagen «prístina» del monumento, siguiendo los cánones establecidos por la restauración francesa y las enseñanzas de figuras como *Viollet-le-Duc*. Esta aproximación sostiene que el objetivo es restablecer el estado original de un edificio, recuperando su integridad y belleza.

Sin embargo, existe la Restauración Crítica, que propone una visión diferente. Este enfoque no busca regresar el monumento a su estado inicial, sino que se centra en la idea de que las marcas del tiempo, incluidos los daños sufridos, son parte de la historia viva del edificio.

La Restauración Crítica propone por una intervención que respete y conserve estas huellas, considerando que cada cicatriz cuenta una historia y que la memoria del lugar debe ser preservada en su totalidad.

Los principios de la Restauración Crítica incluyen la mínima intervención, sugiriendo que cualquier acción de restauración debe ser cuidadosamente medida para no alterar la esencia del monumento. También se enfatiza la diferenciación, que implica que las partes restauradas deben ser claramente identificables para evitar una ilusión de uniformidad que no corresponde a la verdadera historia del edificio. Este enfoque convierte al monumento en un palimpsesto, donde cada capa de historia se vuelve un testimonio visible del tiempo y de las experiencias colectivas.

No obstante, adherirse a la Restauración Crítica plantea la pregunta de cuánta historia debemos preservar. Al optar por no restaurar a un estado original, corremos el riesgo de diluir la autenticidad del edificio y su significado filosófico y cultural. La iglesia de *La Veracruz*, en su forma original, no solo representa un espacio de culto, sino también un símbolo de la historia arquitectónica y cultural de Santiago. Al restaurarla a su estado original, se preserva su valor estético y se honra su acervo.

En fin, *la rehabilitación de las iglesias de La Veracruz y La Asunción no es únicamente un proyecto arquitectónico; es un acto de esperanza y resiliencia. A medida que avanzamos hacia la inauguración de estos espacios, recordemos que cada ladrillo restaurado con un enfoque prístino representa un paso hacia la sanación y la reconstrucción de nuestra identidad cultural.*



Debemos abrazar el dilema de la restauración como una oportunidad para dialogar con nuestro pasado y construir un futuro más inclusivo y consciente. Al optar por la restauración original, honramos no solo la construcción misma, sino también el acervo que dejará a las futuras generaciones.

*A través de este proceso, podemos tejer una narrativa que no solo respete nuestras raíces, sino que también inspire a las generaciones venideras a valorar y proteger nuestro patrimonio cultural, asegurando que estas iglesias sigan siendo faros de identidad y comunidad en el corazón de Santiago. ■*

@carlosmaillet



santiagoadicto



## La lección de Notre Dame

POR CARLOS MAILLET ARÁNGUIZ



SIGUE >>

520 19 80



santiagoadicto



SIGUE >>

520 19 80



Les gusta a labhumanidades\_uss y otros santiagoadicto Te invitamos a leer la nueva columna del arquitecto experto en patrimonio @carlosmaillet

"La Lección de Notre Dame"

La destrucción de templos religiosos en Chile representa mucho más que una pérdida material, es un ataque directo al tejido cultural, espiritual e identitario del país. Desde 2019, al menos 70 templos —entre ellos iglesias católicas, evangélicas y sinagogas— han sido dañados o destruidos, mientras la reacción estatal y comunitaria se ha mantenido insuficiente. Este silencio institucional alimenta el olvido y amenaza con borrar un legado que pertenece no sólo a los creyentes, sino a toda la sociedad. Discutir sobre si dejar "la pátina del tiempo" o sobre la propiedad del terreno —sea del Estado o de la Iglesia — resulta banal frente a lo esencial. Aquí radica la lección de Notre Dame.

Los templos son mucho más que estructuras físicas; son símbolos cargados de memoria e identidad. Representan un diálogo profundo entre lo humano y lo trascendente. Cada elemento arquitectónico, cada vitral o altar, relata historias de fe, cultura y comunidad. Su destrucción no solo despoja a las personas de espacios sagrados, sino que también erosiona lugares de cohesión social y aprendizaje histórico. Como señalaba Walter Benjamin, al desaparecer estos espacios, pierden su "aura", esa conexión irremplazable que vincula a las comunidades con su pasado.

El impacto trasciende lo religioso. Según la UNESCO, cerca del 30% del Patrimonio Mundial corresponde a sitios de interés religioso, los cuales integran múltiples dimensiones patrimoniales —arquitectónica, artística e intangible— que los convierten en pilares fundamentales de la memoria colectiva. Protegerlos requiere políticas públicas efectivas y una reeducación cultural que valore estos bienes como esenciales para la cohesión social y la dignidad humana.

Como decía George Santayana, "un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro". Frente a la pérdida, la restauración debe convertirse en un acto de justicia intergeneracional, reafirmando que la belleza y el patrimonio son fundamentos esenciales de una sociedad verdaderamente humana.

3 de diciembre de 2024